

**DE LA SIBILA A LAS SIBILAS. OBSERVACIONES SOBRE LA
CONSTITUCIÓN DE CÁNONES SIBILINOS**

Emilio Suárez de la Torre
Universidad de Valladolid

El título de este breve estudio puede hacer pensar que su autor está convencido de que “en el principio sólo hubo una Sibila”, es decir, de que es un nombre que secundariamente ha adquirido el valor genérico, aunque en principio designaba a un personaje profético femenino concreto, cuyo origen incluso podemos establecer. No es exactamente así o, al menos, no estoy convencido de que, en cuestión de Sibilas, hayamos pasado de la unidad a la multiplicidad por un proceso perfectamente explicable. Si nos atenemos al uso habitual de los textos griegos, observamos la coexistencia de una designación individual (como si Sibila fuera un nombre propio o sólo existiera una) y de una colectiva, que necesita ser completada con la designación de su pertenencia a un lugar (Eritras, Delfos, Samos, etc.) o con la aplicación de un nombre propio que dota a esta figura de una “identidad” aún más precisa (Femónoe, Dafne, etc.). Todo apunta a que para los griegos ‘Sibila’ era una denominación genérica, paralela a la de Pitia, lo que no excluye que alguna vez se haya entendido como nombre propio.

Cuestión más delicada es la del origen del nombre. A las etimologías heredadas de la Antigüedad (en las que se trata de buscar la presencia de radicales familiares al hablante griego) han sucedido en los tiempos modernos otras propuestas no mucho más convincentes, aunque de naturaleza muy distinta. Se trata de buscar en el nombre ‘Sibila’ una adaptación de términos de origen semítico. Sin embargo, las culturas a las que se suele hacer referencia (por ejemplo, la antigua civilización mesopotámica de Mari) están excesivamente lejanas en el tiempo (y aisladas) como para que pueda sostenerse una evolución onomástica de esa naturaleza, aunque esto no excluya la posibilidad de que esas tradiciones proféticas orientales constituyan el trasfondo originario de ciertos aspectos de la mántica griega.

En diversas ocasiones he defendido que el origen de la Sibila, tal como el personaje es adoptado por los griegos, no hay que buscarlo en el culto, ni siquiera en un lugar concreto, sino que es el producto de un proceso estrictamente literario o, con más exactitud, poético (ya que hemos de contar con fases orales de la tradición)⁽¹⁾.

¹ Véase “Sibylles, mantique inspirée et collections oraculaires”, *Kernos* 7, 179-205. Para un tratamiento más detallado de las cuestiones que aquí se plantean, remito a mi Introducción a los *Oráculos Sibilinos*, en *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. III, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2001 (en prensa).

Es decir, que, en un momento determinado (que podría remontarse al siglo VIII a. C.) han empezado a circular por el mundo griego poemas épico-religiosos, que registraban componentes de origen oriental, pero adaptados a la lengua y circunstancias propias de la cultura griega. Es posible (pero no demostrable) que en esas primeras apariciones en la poesía griega arcaica se hiciera referencia a una Sibila determinada, con nombre propio o con indicación geográfica, lo que no implicaba su existencia real. La “apropiación” local del personaje, efectuada sin duda primero en la literatura, es la que luego ha arrastrado un proceso de *materialización* de esa vinculación geográfica y territorial, que ha conocido una expansión progresiva.

De hecho, la clase de profecías que conocemos como “oráculos sibilinos” (como designación común) tienen rasgos formales que no son exclusivos, aunque sí debemos reconocer la existencia de un conjunto de ellos especialmente frecuente, lo que puede ser indicio de una notable antigüedad de esta variedad profética. En efecto, el oráculo sibilino adopta mayoritariamente la estructura de una predicción catastrófica, con referencia a un límite temporal (no siempre precisado) y, a veces, con indicación de un acontecimiento anunciador. Esta clase de anuncio trágico es tan antigua como la *Ilíada*. En boca de Agamenón primero (4, 164-5) y luego de Héctor (6, 448-9) encontramos esta conocida predicción de la caída de Troya:

ἔσσεται ἡμᾶρ ὅταν ποτ' ὀλώλη Ἴλιος ἱρή
καὶ Πριάμος καὶ λαὸς ἑὺμμελίσιο Πριάμοιο.

*Habrá un día en que seguramente perezca la sacra Ilio
y Príamo y la hueste de Príamo, el de buena lanza de fresno*

(trad. de Emilio Crespo)

La formulación es idéntica a la de numerosas profecías sibilinas (especialmente frecuentes para anunciar la destrucción de una ciudad o de una nación) pero no es necesario que lo interpretemos como indicio concreto de “tradición sibilina”. Simplemente demuestra que el lenguaje profético y oracular se limita a apropiarse de construcciones y modos de expresión existentes en la antigua poesía oral griega, especialmente adecuados para sus frecuentes contenidos amenazadores.

Sin embargo, hay otras características de la épica arcaica griega que sí pueden hacernos pensar en un origen más especializado. En mi opinión, la presencia en Hesíodo, Homero, la poesía órfica, oráculos epigráficos de Claros, los *Oráculos sibilinos* de época helenística e imperial y otros textos afines, de una fórmula⁽²⁾ utilizada primero en contextos teogónico-proféticos y, posteriormente, en oráculos o

Cf. asimismo “La Sibila Eritrea: análisis de fuentes hasta el siglo II d. C.”, *Epitēkeia. Homenaje al Profesor Jesús Lens Tuero*, Granada 2000, pp. 439-467.

² Véase mi comunicación “En torno a la fórmula βασιληῖδα τιμῆν y variantes”, *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. I, Madrid, 2001, pp. 631-646.

pasajes con temática dinástica. Se trata de la expresión βασιληΐδα τιμήν (y de sus variantes, con diversas modificaciones, morfológicas y de léxico), es decir “honor regio”, atestiguada ya en Hesíodo en las dos ocasiones en que, en la *Teogonía*, se mencionan actuaciones de los dioses para prevenir que un hijo suyo les derroque. Primero, a propósito de la sucesión de Crono, quien engullía a sus descendientes (vv. 461-2)

τά φρονέων ἵνα μὴ τις ἀγαυῶν Οὐρανιῶνων
ἄλλος ἐν ἀθανάτοισιν ἔχοι βασιληΐδα τιμήν

y luego del propio Zeus, quien se tragó a Metis por consejo de Gea y Urano (vv. 892-3),

τὼς γάρ οἱ φρασάτην, ἵνα μὴ βασιληΐδα τιμήν
ἄλλος ἔχοι Διὸς ἀντὶ θεῶν αἰειγενετῶν·

Es significativo que dicha fórmula haya adquirido una funcionalidad tan marcada, pero más aún lo es que se dé en Hesíodo, un poeta cuya obra es un valioso eslabón en la cadena que enlaza la literatura arcaica y el pensamiento religioso griegos con las culturas orientales. Si sumamos a este dato la presencia en sus poemas del “mito de las Edades” y del motivo apocalíptico del nacimiento de niños con el pelo blanco, además del indiscutible origen minorasiático de otros temas de sus obras, no resultará infundado postular un conocimiento por Hesíodo de una tradición poética de posible contenido teogónico en la que apareciera una fórmula semejante, perfectamente acorde con la tendencia de la poesía religiosa del área mesopotámica (pero también presente en culturas indoeuropeas minorasiáticas) a describir el dominio celestial como un dominio *regio* y a narrar la sucesión de los dioses reinantes en términos y en contextos coincidentes con los de la fórmula griega.

Es evidente que con ello no estoy demostrando la importación directa de las predicciones sibilinas a partir de un modelo oriental, pero la suma de estos indicios conduce a admitir el conocimiento por Hesíodo de una tradición poético-religiosa en que podrían estar incluidas predicciones expresadas mediante esquemas que pueden haber servido de modelo a la hora de configurar la tradición estrictamente griega. El hecho es sumamente importante para establecer un marco adecuado en la recepción de los antecedentes de una fase que podríamos calificar de “proto-sibilina”. A este respecto conviene recordar que actualmente sí conocemos antecedentes semíticos de profecía inspirada que, con más verosimilitud que otros más antiguos y lejanos que se han aducido a veces, pueden constituir a su vez eslabones de esa cadena que une Oriente y Grecia en el ámbito oracular. El 1967 se descubrió una inscripción en Deir ‘Alla, cerca del río Yabbok, en la orilla izquierda del Jordán, en la que se describe la revelación profética, mediante una visión, que tiene Balaám, hijo de Beor. Este hallazgo, decisivo para la historia del profetismo semítico, ponía asimismo de manifiesto la existencia de una tradición antigua y consolidada tras la

figura del célebre personaje vidente que se describe en *Nm* 22-24, en cuyas profecías, por cierto, se observan numerosos rasgos habituales en los oráculos de corte sibilino. Ahora sabemos que la descripción del trance de Balaám ante Balak y su imposibilidad de maldecir al pueblo elegido debe inscribirse en una tradición profética y visionaria que remonta al menos al siglo VIII a. C., es decir, aproximadamente contemporánea de la actividad del profeta Amós, y con contenido apocalíptico, acompañada de la práctica de la consulta oracular y de ritos de carácter mágico. Hasta el punto de que W. Burkert ha llegado a proponer que “la fuente de Hesíodo y de Daniel es un texto sibilino arameo, seguramente del siglo VIII, que circulaba como profecía de la Edad del Bronce y que describía las edades de oro y de plata como tiempos pasados mejores”⁽³⁾.

2. En el apartado precedente he planteado simplemente los indicios más antiguos para el conocimiento de esa tradición que he dado en llamar “proto-sibilina”. Es hora de pasar a los testimonios directos sobre el personaje que hoy estudiamos. Generalmente se considera que la fuente más antigua en que aparecía el nombre de la Sibila era Heráclito, en el célebre fragmento recogido por Plutarco en que se expresa la forma en que pervive la voz de la Sibila (Fr. 92 DK [Plut. *De Pyth. Orac.* 397 a-b]):

Σίβυλλα δὲ μαινομένῳ στόματι ἀγέλαστα καὶ ἀκαλλώπιστα καὶ ἀμύριστα φθεγγομένη χιλίων ἐτῶν ἐξικνεῖται τῇ φωνῇ διὰ τὸν θεόν.

Sibila, emitiendo su voz con enloquecida boca, sin risa, sin adornos, sin perfumes, alcanza el espacio de mil años gracias al dios.

El pasaje es muy interesante como testimonio de que en torno al 500 a. C. la Sibila es conocida con un cierto bagaje legendario, ya que se alude aquí (creo que indudablemente) al mito de su longevidad, que conocemos mejor por autores de época ya imperial (caso de Ovidio, Petronio o Flegón de Trales) y por inscripciones (como la que en Eritras conmemora la visita de Lucio Vero). Es decir, Heráclito nos descubre aquí una tradición que debía de tener ya cierta solera. Podemos preguntarnos entonces si hay alguna forma de confirmar esa mayor antigüedad de la Sibila en Grecia.

En los últimos años diversos autores ha puesto de relieve la posibilidad de que un fragmento atribuido al poeta corintio Eumelo, que para algunos no es anterior al

³ W. Burkert: *Apokalyptik im frühen Griechentum: Impulse und Transformationen*, en D. Hellholm(ed.): *Apocalypticism in the Mediterranean World and the Near East*. Proceedings of the International Colloquium on Apocalypticism, Uppsala, August 12-17, 1979 (Tübingen, J.C.B. Mohr, 19892), pp. 235-54. Escepticismo (quizá excesivo) de A. di Momigliano, “Dalla sibilla pagana alla sibilla cristiana. Profezia come storia della religione”, *AnnPisa* 17 (1987) 407-428, pp. 422-425.

siglo IV a. C., sea ése deseado testimonio⁽⁴⁾. Se trata del texto siguiente (Eum. Fr. 8 Bernabé):

<Ἴσθμοῖ> εὐδαίμων πιτυώδεος ὄλβιος ἀρχήν,
Ὠκεανοῦ κόρης Ἐφύρης <ἔδος>, ἔνθα Ποσειδῶν,
μητρὸς ἐμῆς Λαμίας γενέτωρ, πορῦθηκεν ἀγῶνα
πρῶτος ἄμ' Ἡλίῳ, τιμὰς δ' ἠνέγκατο μῶνος.

*Bienaventurada garganta feliz del Istmo en pinos abundante,
sede de Éfira, hija de Océano, donde Posidón,
progenitor de mi madre Lamia, instauró un certamen,
por primera vez junto con Helio, y él solo obtuvo los honores.*

La Sibila habla aquí en primera persona y deja claro que su abuelo es Posidón. A continuación seguía una relación de los vencedores míticos en un agón que parece un paradigma mítico de lo que luego serán los Juegos Ístmicos. No es la única fuente que tenemos de la competición entre Posidón y Helio por este territorio del Istmo (Helio recibirá en compensación la parte alta de la ciudad), en la que Briareo habría actuado como árbitro⁽⁵⁾, pero la presencia de la Sibila como “testigo” y narrador del agón sí es una novedad. El problema es que los Juegos Ístmicos no conocen una organización oficial hasta el 583 a. C. y que, si efectivamente estamos ante un posible *aition* de los mismos, no se explicaría bien la presencia del tema en Eumelo (miembro del clan de los Baquíadas), autor que suele situarse a fines del siglo VIII. Con un planteamiento menos optimista, podríamos contentarnos con admitir que en Corinto no sorprendía un relato en el que interviniera la Sibila, lo que podría ser indicio de la antigüedad local del personaje. Mi sospecha es que esa tradición local corintia es antigua y que incluso pudo ser conocida de los colonizadores de Sicilia: del mismo clan de los Baquíadas será Arquias, el fundador de Siracusa en 733 a. C., hecho que nos podría ayudar a comprender mejor la tradición sibilina en el mundo itálico.

Antes de que los investigadores relacionaran este texto con el tema sibilino, ya se conocía esa genealogía de la Sibila, como nieta de Posidón y, más concretamente,

⁴ N. Valenza Mele. “Hera ed Apollo a Cuma e la mantica sibillina”, *RINASA*, s. III, 14-15 (1991-2) 5-72; sin haber tenido conocimiento entonces de este estudio formulé asimismo la propuesta en el artículo citado en n. 1 (“Sibylles...); véase ahora M. Tortorelli-Ghidini, “Un modelo arcaico di sibilla”, en I. Chirassi – Colombo & T. Seppilli (eds.), *Sibille e Linguaggio Oracolare. Mito, Storia, Tradizione* (Atti del Convegno Macerata-Norcia, Settembre 1994), Macerata 1998, 249-261.

⁵ Puede verse el texto de Eumelo y referencia detallada de fuentes en la edición de A. Bernabé, *Poetae Epici Graeci*, I, fr. 8 (y aparato crítico del fr. 2); cf. Pausanias 2,1,6 y Dión Crisóstomo 37, 11-12. La lista de vencedores era: Cástor-estadio; Calais- ‘díaulos’. Orfeo-cítara; Heracles-pancracio; Polideuces-boxeo; Peleo-lucha; Telamón-disco; Teseo con la armadura hoplita; Faetón con los caballos, Neleo con la cuadriga; la nave Argo en lo naval (y entonces Jasón la consagró a Posidón).

hija de Lamia y de Zeus. Así aparecía en el drama satírico *Busiris* de Eurípides, cuyo prólogo corría a cargo de Lamia, quien debía de hacer una mención genealógica. Es decir, la hija de Lamia, nieta de Posidón no es una invención de época helenística y, a la vista del testimonio de Eumelo, podría tener una antigüedad mucho mayor de lo que se pensaba. De ella nos hablarán después Plutarco (probablemente sobre el testimonio de Crisipo)⁽⁶⁾, Clemente de Alejandría⁽⁷⁾ y Pausanias⁽⁸⁾. El primero, a propósito de la leyenda de la presencia de la Sibila en Delfos (junto a cuya roca tiene lugar esta parte del diálogo), señala que, según unos, vino del Helicón, donde había sido criada por las Musas, pero que, según otros, llegó del país de los Malios y era hija de Lamia y nieta de Posidón. Como se aprecia, estamos ante la confrontación de una versión localista con otra que hace de la Sibila una extranjera. En este punto Sarapión, uno de los personajes del diálogo plutarqueo, recuerda un poema de la propia Sibila en la que habla de la perduración de su actividad mántica incluso después de su muerte⁽⁹⁾. Por su parte, Clemente repite fielmente (incluso al pie de la letra) las palabras de Plutarco, pero inmediatamente antes da una versión muy reducida del testimonio de Heráclito, del que se limita a extraer la idea de que la Sibila hace sus predicciones con ayuda del dios⁽¹⁰⁾, por lo que algunos deducen que la Sibila de Heráclito es la délfica. Por último, Pausanias especifica que la Sibila más antigua es hija de Zeus y de Lamia y nieta de Posidón (“la primera mujer que cantó oráculos”) y que el nombre de Sibila se lo habrían dado los libios. En cuanto a la presencia de una Sibila en Delfos, Pausanias resuelve la cuestión (junto con la de la problemática floración de centros sibilinos que conoce) mediante el recurso a asignar carácter errante a una antigua Sibila (posterior a la hija de Lamia), a la que da el nombre de Herófila (aunque dice que también se la denomina Ártemis), anterior a la guerra de Troya y autora de un himno a Apolo. Asegura que es la misma que se disputan en su época los de Marpeso, Alejandría de Tróade y Eritras y que habría viajado a Samos, Claros, Delos y Delfos⁽¹¹⁾.

La figura de la Sibila délfica confluye a su vez con la tradición épica, a través del personaje de Manto, hija del adivino Tiresias. En el poema *Los epígonos*, atribuido a Antímaco de Teos (siglo VII a. C.) se narra cómo, tras la caída de Tebas en manos de los Argivos, Manto había sido enviada como botín a Delfos, de donde par-

⁶ *De Pyth. Orac.* 398 c.

⁷ *Strom.* I, 15, 70,1.

⁸ X 12.

⁹ Su rostro quedará impreso en la “cara” de la luna, su espíritu pervivirá en forma de presagios y voces proféticas y su cuerpo, descompuesto y mezclado con la tierra, servirá de alimento a los animales cuyas entrañas se utilizan para la adivinación.

¹⁰ Sustituye διὰ τὸν θεόν por σὺν θεῷ.

¹¹ De nuevo la roca de la Sibila es la que da pie en este autor a esta disquisición sobre el personaje.

tió (por indicación del oráculo apolíneo) para casarse con Racio y establecerse en Colofón (donde funda el santuario de Claros); de este matrimonio nacerá el adivino Mopso⁽¹²⁾. El episodio es recogido por el Pseudo-Apolodoro⁽¹³⁾ (muy escuetamente) y, con cierto detalle, por Pausanias⁽¹⁴⁾. Pues bien, Diodoro Sículo transmite la versión según la cual la Sibila local no es sino la hija de Tiresias, llamada aquí Dafne, que habría compuesto oráculos muy diversos⁽¹⁵⁾. Pienso que todo este proceso refleja la apropiación por el santuario délfico de una tradición de mántica no apolínea (incluso surgida como clara alternativa a aquélla), con el fin de neutralizar esta competencia a través del peso de la tradición épica⁽¹⁶⁾.

Con la excepción del relato aportado por Plutarco acerca de la Sibila llegada del Parnaso (y de la historia de Manto/Dafne) predomina en las referencias a la Sibila “más antigua” de que se tiene conciencia el convencimiento de su origen foráneo, concretamente minorasiático o de un territorio extremo del noreste griego. Estos y otros relatos similares llevaron ya en el siglo XIX a Bouché-Leclercq⁽¹⁷⁾ y, más recientemente, a Parke⁽¹⁸⁾ a defender la procedencia de la Sibila de una ciudad de Asia Menor, aunque con explicaciones divergentes en numerosos detalles. De los argumentos empleados por el primero merecen actualmente cierta consideración al menos dos. Primero, su propuesta de que la Sibila es una creación posthomérica, propia de la poesía cíclica, sobre el modelo de las “proto-Sibilas” Casandra y Manto⁽¹⁹⁾. Lo acertado de esta hipótesis (aunque se discrepe en el detalle) es que se plantea un origen del personaje en un contexto de mera tradición poética, para luego convertirse en un modelo de autoridad profética. El segundo argumento valorable es la consideración de la tradición sibilina como el resultado del “esfuerzo por arrebatar, no tanto al propio Apolo como al sacerdocio apolíneo, el monopolio de la adivinación intuitiva”⁽²⁰⁾.

¹² Fr. 3 Bernabé.

¹³ III 85.

¹⁴ VII 3, 1-2.

¹⁵ Hago observar que en ninguna de las otras fuentes se dice de Manto que sea una *Sibila*.

¹⁶ La identificación de la imagen de una Sibila ‘Manto’ en monedas del Trica y Pelina (Tesalia) del siglo V (cf. Caccamo Caltabiano, *LIMC* VII s. v.), de ser correcta, reflejaría, una vez más, el interés tesalio por subrayar su vinculación con Delfos, fenómeno ya antiguo, que se remonta al período de la llamada Primera Guerra Sagrada y a su destacado papel en la antigua Anficiónía y que se materializa en el itinerario del ritual del *septerion*, cuyos participantes van hasta el valle de *Tempe* en busca del laurel.

¹⁷ A Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, Paris I, 1879; II, 1889; III, 1880; IV, 1882; reimpr. Aalen 1978.

¹⁸ H. W. Parke, *Sibyls and Sibylline Prophecy in Classical Antiquity* [edited by B. C. McGing] (London-New York) 1988.

¹⁹ El problema de esta propuesta es que no podemos saber con seguridad si el proceso no es el inverso: adecuación de las herofnas a un tipo “sibilino” ya existente”.

²⁰ *Op. cit.* II (1889) 143.

El primero de los argumentos citados tendería también a explicar la localización de algunas “grutas” sibilinas en el territorio del Ida y, en general, en las proximidades de la Tróade. Es en este punto en el que se dan ciertas coincidencias con el razonamiento que al respecto ha efectuado Parke⁽²¹⁾. Su punto de partida es que el primer oráculo sibilino lo compuso un autor (posthomérico) de cualquier parte de Grecia que utilizó como seudónimo (*sic*) el nombre de la Sibila de Marpeso⁽²²⁾. La vía que postula para el personaje de la Sibila es la siguiente: Gergis, Marpeso, Samos (y mundo jonio), de donde habría pasado a Cumas y al territorio itálico.

De acuerdo con los resultados de las investigaciones más recientes acerca de la tradición épica griega (no exclusivamente “homérica”), no sería necesario, pienso, insistir en la clasificación como “posthomérica” para la primera fase de difusión de la tradición sibilina⁽²³⁾. Tan válida como la propuesta de una Sibila jonia cuyos oráculos se difunden, más o menos, desde el 600 a. C. puede ser la que ahora resumo en breves líneas⁽²⁴⁾. Puestos a buscar un ‘missing link’ épico en la vía sibilina, me parece más válido buscarlo en Eretria y (por lo dicho del fragmento de Eumelo) en Corinto. Es bien sabido que eubeos y corintios son los primeros colonos griegos en territorio itálico⁽²⁵⁾. Ambos pueblos destacan por el temprano arraigo de la tradición épica. Especialmente significativo es que el proceso colonizador acabe estableciendo un vínculo directo entre el mundo semítico (por la presencia de fenicios en Eubea y sus colonias), la isla de Eubea (que tanto la arqueología como la filología han señalado como centro sustancial de origen y consolidación del mundo de la épica y de los poemas homéricos), Pitecusa y Cumas, la futura “sede” de un oráculo sibilino. A estos datos hay que añadir el posible papel desempeñado en la penetración en Italia de esta clase de textos por personajes como el Baquíada Demarato de Corinto (padre de Tarquinio el Antiguo) en el siglo VII a. C. Lógicamente, esta propuesta no es totalmente incompatible con la efectuada por Parke en su defensa del papel samio, en concreto el de los colonos que fundan Dicearquea (*ca.* 532 a. C.), huyendo del tirano Polícrates, y el del tirano Aristodemo de Cumas (muerto en 492 a. C.), sólo que esto nos sitúa en un nivel cronológico algo más tardío⁽²⁶⁾.

²¹ *Op. cit.*, 51 ss. y *passim*.

²² *Op. cit.*, p. 53.

²³ Cuestión diferente es la del carácter indudablemente tardío de los oráculos pretendidamente sibilinos.

²⁴ Remito de nuevo, para más detalle, a mi Introducción a la nueva edición de los *Oráculos Sibilinos*, Madrid, Editorial Cristiandad, 2001.

²⁵ El calcidio Teocles funda Naxo en 735/4 a. C.; el baquíada Arquias de Corinto funda Siracusa un año después.

²⁶ También defiende una tradición más antigua que la de Parke Valenza Mele Valenza Mele: los datos estrictamente epigráficos nos llevan al siglo VII a. C. Esta es la datación que se asigna al problemático “disco de Cumas”, donde podría leerse el nombre de la diosa, que tendría función oracular, y que para Parke confirmaría también el origen samio, dada la importancia local del culto de Hera. Para ella Apolo se sobrepone posteriormente y se reintegra en las leyendas de fundación de modo forzado secundariamente. En cuanto a la Sibila, Valenza Mele

Para no alargar excesivamente este apartado, podemos concluir que, en una primera fase, se extendió, como una ramificación más de la tradición épica, un grupo de leyendas sobre la existencia de una Sibila cuyo origen se hacía remontar a Asia Menor y a la que se atribuían textos de contenido profético, con rasgos muy antiguos de poesía religiosa oriental (semítica) adaptados a la lengua de la épica, que pudieron encontrar un temprano arraigo incluso en el mundo itálico. Esa primeras Sibilas no están vinculadas, en principio, a un santuario concreto, aunque ya se perfilan algunas regiones o lugares más estrechamente relacionados con ellas, tanto en ámbito jónico (minorasiático y euboico) como en la Grecia continental (Corinto, Tesalia) o en el mundo itálico. En el siglo VI pudo reforzarse la tendencia a vincularla con el santuario délfico, a través de la tradición épica, aunque no fue el único procedimiento. Probablemente surge también en fecha temprana tanto la relación con la tradición homérica (leyenda de la rivalidad con Homero, quien habría “robado” la temática troyana a la Sibila) como la ambigüedad en la vinculación a Apolo y su mundo: los oráculos de la Sibila pueden ser tanto un recurso alternativo a la mánica apolínea como un complemento de aquélla (lo que se refleja también en las leyendas sobre el personaje). En cuanto a la “identidad” de esta primeras Sibilas legendarias, parece confirmarse la versión de Pausanias: podemos identificar a la hija de Zeus y Lamia, la Herófila del mundo jonio y las adaptaciones délficas ya comentadas, con el elemento épico homérico o de leyendas tebanas.

3. Tenemos fundadas razones para sospechar que hemos perdido una gran cantidad de oráculos sibilinos de los siglos VI y V a. C. Es evidente que en este último siglo circularon con cierta profusión, como lo delata la familiaridad de la comedia aristofánica con ellos. También revela la confusión que existe entre el oráculos sibilino y los asignados a otros profetas míticos e incluso a los de origen délfico. Tal vez por ello nos sorprenda algo menos (aunque no deja de ser raro) el silencio de Heródoto acerca de la Sibila, mientras que no duda en utilizar profecías de Bacis, a las que incluso da más crédito que a los oráculos atribuidos a Delfos. Es muy extraño que la invasión persa no desencadenara una oleada de textos de esta naturaleza, aunque es posible que la misma amenaza persa y la rápida extensión de sus conquistas en el territorio jonio de Asia Menor haya bloqueado el proceso. La ausencia de textos antiguos⁽²⁷⁾ se suple a veces con propuestas ciertamente sugestivas. Así puede calificarse la hipótesis de Parke acerca de la existencia de profecías sibilinas sobre

llega a la conclusión de que “en Cumas, a fines del siglo VI, circulaban libros que recogían oráculos atribuidos a una Sibila, libros que cayeron en poder de Roma”. Propone la existencia de mujeres en trance de posesión mántica entre el siglo VIII y el VI a. C., fenómeno al que habría sucedido la circulación de libros que supuestamente habrían reunido esas predicciones y que estarían en el origen de las posteriores colecciones oraculares.

²⁷ Debe tenerse en cuenta, en cualquier caso, que los *Oráculos Sibilinos* judíos helenísticos registran elementos de fases muy anteriores a la de la fecha de composición.

Creso, anunciando la caída de su reino: sus existencia habría motivado el especial apego del monarca lidio por el santuario délfico, al que hizo ostentosa donaciones, en una iniciativa destinada a neutralizar lo funesto de los otros oráculos.

Lo que es absolutamente evidente es que la llegada al poder de Alejandro Magno y la fulminante extensión de su poderío removió los cimientos de la tradición sibilina en varias direcciones. Primero, en el aspecto estrictamente textual, por el surgimiento de predicciones diversas, positivas y negativas, en muy distintas regiones de las zonas ocupadas por los griegos. Segundo, que es lo que ahora me interesa destacar, por la eclosión de “centros” sibilinos y el interés por vincular las predicciones que circulan con esas Sibilas concretas, denominadas por el lugar de origen. Se activan, pues, leyendas destinadas a demostrar la venerable antigüedad de esas Sibilas, por los más diversos medios. Si esto ocurre en Grecia, es evidente que en el mundo romano está sucediendo algo parecido, fenómeno que conocerá más auge en los siglos III y II a. C., cuando vayan consolidándose las leyendas de fundación (y con el precedente de la asimilación etrusca y su reorientación de los mitos griegos) y la construcción de un pasado con una fundamentación “rigurosa”. El desarrollo literario de la figura de la Sibila durante el período republicano romano es especialmente notable, como lo es el fomento de dichas tradiciones entre los griegos y, como he dicho antes, el interés por dar una ubicación e incluso dotar de cierta “personalidad” a las Sibilas. La mejor demostración de este fenómeno se encuentra en Varrón (siglo I a. C.) a quien debemos, según el testimonio del cristiano Lactancio (div. inst. 1, 6, 8-12), la fijación de lo que podemos considerar un primer *canon* de Sibilas, que resumo en el cuadro siguiente, en el que especifico la posible fuente de procedencia de la Sibila correspondiente:

SIBILA	NOMBRE	LUGAR	FUENTE	DATOS
1. Persa			Nicanor (<i>FGrHist</i> 146)	Alejandro
2. Libia	(Hija de Lamia)		Eurípides, <i>Busiris</i>	
3. Delfia			Crisipo	
4. Cimeria			Nevio (<i>B.P.</i>), Pisón (<i>Ann.</i>)	
5. Eritrea			Apolodoro	Troya
6. Samia			Eratóstenes	Texto
7. Cumana	Amaltea, Herófila o Demófila			Tarquino Prisco
8. Helespóntica		Marmeso	Heraclides	Solón/Ciro
9. Frigia		Áncira		
10. Tiburtina	Albúnea	Tibur		Estatua

Lo primero que debemos tener en cuenta es que en su mayoría se trata de invenciones literarias. El hecho de que la cumana y la Tiburtina no cuenten con testimonio literario es debido a que, dadas su vigencia y proximidad al autor, no necesitaban de apoyo en ninguna autoridad. La existencia de santuarios en los que “resida” alguna de estas Sibilas apenas ha sido corroborada por la arqueología. Incluso la existencia de un auténtico “antro de la Sibila” en Cumas sigue siendo materia de discusión. Tan sólo disponemos de corroboración indiscutible en el caso de Eritras, que es precisamente adonde acuden los romanos en el año 76 a. C. para obtener (entre otros lugares) oráculos adecuados para ser incorporados a sus *libri sibyllini*, tras el incendio del Capitolio, donde estaban depositados los más antiguos, en el año 83 a. C.

Precisamente por eso no debe llamarnos la atención (aunque no deja de ser algo sorprendente) el que ese grupo de diez Sibilas, tan influyente en su adaptación por los cristianos (y vigente durante muchos siglos después), no lo veamos consolidado como tal en otras fuentes antiguas. Volvamos, por ejemplo, al caso de Pausanias, autor del siglo II d. C. Como se dijo antes, menciona a la hija de Lamia (la “Libia”) y a Herófile (disputada por los de Eritras, Marpeso y Alejandría de Tróade), a la que convierte en “errante”. Además habla de Demo (de Cime) y de la Hebrea (Sabe, hija de Beroso y Erimante) también identificada como Babilonia y Egipticia. Las discrepancias con Varrón son relativamente fáciles de explicar. Pausanias actúa con visión “arqueológica” y, al mismo tiempo, trata de aplicar una lógica explicativa en la mejor tradición historiográfica. Por eso da cuenta de la polémica coetánea entre centros sibilinos con pretensiones de antigüedad (al menos en el caso de Eritras su información es absolutamente fiel) y plantea una explicación “lógica” para la presencia de Sibilas en los lugares más dispares del mundo griego, con la solución de la ‘wandering prophetess’. De no ser por ello, daría la casualidad de que encontraríamos de nuevo diez Sibilas, aunque distintas en parte de las de Varrón: Libia, de Marpeso, de Alejandría, de Eritras, de Samos, de Claros, de Delos, de Delfos, de Cime y Hebrea. La última de ellas, llamada Sabe, se explica por el crecimiento de la tradición sibilina con elementos orientales que ahora debemos considerar recientes, aunque en el fondo suponen un viaje de “ida y vuelta” de la Sibila de raíces orientales. Tras la asimilación entre una Sibila hebrea, otra babilonia y otra egipcia hay un proceso complejo de confusión, producto de la época helenística, que tiene como protagonista a la misteriosa Sabe, nombre al que rodean numerosas leyendas⁽²⁸⁾.

La versatilidad y flexibilidad en la selección de repertorios de Sibilas será una constante en el mundo antiguo, dependiendo siempre de las fuentes literarias segui-

²⁸ Cf. Bouché-Leclercq, *op. cit.* II (1989) 192-3; A. Peretti, *La Sibilla Babilonese nella propaganda ellenistica*, Firenze 1943, y la discusión en V. Nikiprowetzky, *La troisième Sibylle*, Paris-La Haye 1970, 11-14.

das por los autores y recopiladores. Un claro ejemplo lo tenemos en la forma en que recoge la tradición sibilina el ya citado Clemente de Alejandría, coetáneo *grosso modo* de Pausanias. Por un lado, menciona como fuente a Heraclides del Ponto (siglo IV a. C.), a quien atribuye la mención de las Sibilas Frigia y de Eritras. Asimismo recoge de Plutarco las versiones sobre las Sibilas de Delfos y añade otra de la Egiptia. Pues bien, en otro capítulo de sus *Stromateis*, en que presenta un elenco de poetas y adivinos inspirados de la Antigüedad griega, recoge la siguiente serie de Sibilas: Samia, Colofonia, Cumana, Eritrea, Fito (*Phytô*, probablemente *Phoetô*), Taraxandra, Macedonia, Tesalia y Tesprótide. Esto no significa necesariamente que se haya originado un “canon” distinto. Es el resultado de la evolución de leyendas e invenciones, sin ninguna base en una realidad de culto o institucional, con complejos haces de interferencias. Por ejemplo, la Colofonia surge como alternativa en competencia con el santuario de Claros y puede explicarse por la antigua leyenda de Manto, la hija de Tiresias que fundó esta ciudad.

Si damos un salto temporal al siglo X d. C., el testimonio de Suidas nos sirve para constatar la complejidad alcanzada por los elencos sibilinos que se han ido desarrollando durante toda la Antigüedad. Por una parte observamos la persistencia del modelo varroniano, ya confirmada en el siglo IV por Lactancio, pero también la vitalidad del proceso de multiplicación sibilino e incluso de búsqueda de un perfil y una genealogía del personaje. Así, en la voz *Sibila* parece dar a entender que hay una sola Sibila con distintas denominaciones. De ella da varias genealogías: hija de Apolo y Lamia, de Aristócrates e Hídale, de Crinágoras, de Teodoro (“según Hermipo”). Para él es la *Eritrea*, por su lugar de nacimiento, pero da nombres alternativos: *Siciliana*, Lucana, de Sardes, de Gergis, *Rodia*, Libia, Samia. En cursiva figuran los nombres que no habían aparecido hasta el momento (mientras que la Lucana es nombre alternativo de la Cumana²⁹). En otro apartado habla de la Tesalia y en otro añade una Tesprótide: por tanto, al oráculo de Dodona le había surgido también una profetisa contrincante. También habla de la Sibila Helisa, posible evolución deformada de *Libyssa*.

La situación descrita hasta ahora permite que nos expliquemos la evolución subsiguiente. Por un lado, el canon varroniano servirá de modelo o plantilla, tanto en la especulación teórica como en la iconografía en todo el mundo cristiano. Sin embargo, las alteraciones de los nombres serán muy frecuentes y, al mismo tiempo, aflorarán periódicamente Sibilas pertenecientes a tradiciones menos conocidas, pero existentes desde fecha antigua al margen de la selección de Varrón. La incorporación más importante en el medievo es la de las Sibilas Agripa (vinculada a una leyenda

²⁹ Cf. A.Rzach “Sibyllen”, *RE* II A 2 (1923) cols. 2073-2103 (col. 2094).

protagonizada por Augusto acerca del anuncio del nacimiento de Cristo) y Europea. Por último, el Humanismo traerá consigo un aumento en el número de la serie pretendidamente “canónica”, hasta la cifra de doce, aunque siempre con alguna oscilación en los nombres. Para ilustración de esta diversidad onomástica, añado al final de este análisis una relación de algunos programas de Sibilas que encontramos en diversos países entre los siglos XV al XVII y un cuadro de las Sibilas recogidas en un tratado escrito por el sacerdote e historiador español Baltasar Porreño, publicado en 1621 (en la imprenta de Domingo de la Iglesia) y titulado *Oráculos de las doce Sibilas, profetisas de Christo Nuestro Señor entre los Gentiles*, en el que, tras unas documentadas páginas introductorias, presenta las imágenes de las doce Sibilas del canon humanista acompañadas de unas breves composiciones en verso, que traduce y comenta, en relación con los atributos de cada una⁽³⁰⁾.

Valgan, pues, este apretado recorrido por la evolución de las Sibilas como perfil, a grandes rasgos, del proceso experimentado en su popularidad (como modelo profético fácilmente adaptable a diversas situaciones y asimilable por las religiones judía y cristiana) por el mítico y misterioso personaje de la Sibila, cuya voz aún hacemos perdurar en este nuevo milenio.

³⁰ Vid. para la iconografía B. García Vega, *El grabado del libro español. Siglos XV-XVI-XVII*, Valladolid 1984, II, 179-180; S. Sebastián (en *Homenaje a M. Almagro Basch*, Madrid 1983, 167-174) considera que estamos ante una réplica de la serie elaborada por el grabador Crispin van der Passe el Viejo, editada en Colonia en 1601 (*Sibyllarum icones elegantissimæ... delineati ac tabulis aeneis in lucem editi*, a su vez sobre modelos franceses, que él precisa. En general para la iconografía sibilina de diversas épocas siguen siendo fundamentales los trabajos de E. Mâle, *L'art religieux de la fin du Moyen Âge en France*, Paris 1949; A. Chastel, *Arte y Humanismo en Florencia en la época de Lorenzo el magnífico*, Madrid (trad. esp.) 1982; S. Sebastián, *Arte y Humanismo*, Madrid 1978. Para el mundo antiguo véase A. Alföldy, “*Redeunt Saturnia regna*. 4. Apollo und die Sibylle in der epoche der Bürgerkriege”, *Chiron* 5 (1975) 165-192 y la actualización de M. Caccamo Caltabiano, “Sibyllae”, *LIMC* VII 1, cols. 753-757.

APÉNDICES

1. Algunos programas iconográficos de Sibilas.

- **Sibilas de Ulm (G. Syrlin 1469-1474):** Delphica, Libyca, Tiburtina, Hellespontica, Cumana, Cimeria, Frigia (*sic*), Samia, Erithraea.
- **Sibilas del Palacio Orsini (ca. 1438):** las 10 de Varrón.Lactancio + Europa (*sic*) y Agripa.
- **Sibilas de Filippo Barbieri (1481, *Discordantiae...*):** Persica, Libyca, Delphica, Cimmeria, Erythraea, Samia, Cumana, Hellespontica, Phrygia, Europa, Tiburtina, Agrippa.
- **Libro de Horas de Louis de Laval (1411-1489):** Persica, Libyca, Erythraea (Eriphila), Cumana, Samia, Cymeria, Europa, Tiburtina, Agrippa, Delphica, Hellespontica, Phrygia.
- **Stift Vorau (Austria, siglo XVII):**

Izquierda: Persica: *Deus nascetur*. Hellespontica: *ex virgine hebraea*. Cimmeria: *hunc gentes adorabunt* [estrella]. (Libyca?): *in Bethlehem*. Europaea: *docebit veritatem*. Erithraea: *tradetur in mortem*. Derecha: (Delphica?) *flagellabitur* [libro]. Samia: *spinis coronabitur*. Cumana: *crucifigetur*. Agrippina: *resurget a mortuis*. Estrado de la izquierda. (Tiburtina?): *lumen de lumine* [cetro con hojas]. Estrado de la derecha. (Phrygia?): *veniet iudicare* [palma y gladiolo]

2. Las Sibilas de Baltasar Porreño (1621)

SIBILA	NOMBRE	DATOS
1. Persa		
2. Libia	Femónoe	H. Apolo
3. Delfia	Dafne	H. Tiresias
4. Cumana	Amaltea o Demófila	
5. *Europea		Creta
6. Cumea/Cimeria		Cumas
7. Tiburtina	Albúnea	Itálica
8. Frigia	Casandra	Ancira
9. *Egipcia	Agripa	
10. Samia	Fito/Herófila	
11. Hellespontica		
12. Eritrea		